

Los verdes ahuejotes y azules carrizales,
Que al sueño ya rendidos volviéronse á caer.

Tú corre blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó:
Y duerman tus remansos en la mullida alfombra
Que alegre Primavera de flores matizó.

Junio 2 de 1864.

JOSE M. BANDERA.

LA PRIMAVERA.

SONETO.

A mi querido amigo el Sr. D. Vicente Riva Palacio.

Descoge ya su manto Primavera
De esmeralda bordado de mil flores,
Salúdanla los pájaros cantores
Cruzando alegres la feraz pradera.

Rompiendo la crisálida ligera,
La mariposa ostenta sus colores,
Y á nueva vida y nuevos esplendores
Despierta ya naturaleza entera.

Tantas galas y tanta maravilla
Infunden melancólica tristura,
Al acercarse á la final orilla.

¿Por qué no alegra ya tanta hermosura?...
Y qué puede importar á la amarilla
Hoja que al árbol vuelva su verdura?

1885.

MIS PROMESAS.

A REFUGIO.

SONETO.

Estaré de rodillas contemplando
Embebido tu angélico semblante,
Será mi amor tiernísimo y constante
Tus caprichos cual leyes acatando.

Yo, niña, lloraré tan sólo cuando
Tú llores, y tus lágrimas amante
Recojeré en mis labios anhelante,
Así en delicia tu dolor tornando.

Tú serás para mí gloria y fortuna,
Cuanto de dicha el corazón ansía,
Sin poder desear otra ninguna.

El cielo serás tú de mi alegría,
Nuestras dos almas formarán sólo una.
¿Serás así dichosa vida mía?

1872.

JOSE PEON Y CONTRERAS.

AL CONQUISTADOR DE ANAHUAC,
D. HERNANDO CORTES.

.....
Sin que después haya visto
El absorto mundo un hombre,
Que de HERNÁN CORTÉS al lado
La historia imparcial coloque.

EL DUQUE DE RIVAS.

Paso! . . . A través de la tiniebla umbría
De los remotos tiempos,
Tienda su vuelo audaz la fantasía
Sobre las verdes cumbres,
Del opulento Anáhuac atalaya;
Y en las alas atónitas del viento,
Deténgase un momento
Del golfo azteca en la arenosa playa.

Unas naves allí . . . sobre los puentes
La roja llama del incendio humea,

Entre los altos mástiles flamea,
 De las olas hirvientes
 En el cristal oscuro centellea;
 Por todos lados pavorosa brilla,
 Vuela en pavesas ígneas el velamen,
 Del aire maravilla,
 Y al crujir el robusto maderamen
 Se hunde en las aguas la cortante quilla.

»Sus,» «¡á las armas!» grita en la ribera
 Mancebo audaz, alzando la cimera
 Del pavonado casco. «¡Por Castilla!»
 Y un viva resonó, tal como suele
 El retumbar siniestro
 Del trueno pavoroso,
 Que en la revuelta esfera se dilata.

Lo mismo que bramando se desata
 El aquilón sañudo,
 El altivo escuadrón partió ligero,
 Embrazados la lanza y el escudo,
 Al redoblar del atambor guerrero;

No sin tornar al Golfo la mirada,
 Allí donde orgullosa se mecía
 En las primeras horas de aquel día,
 A la risueña luz de su alborada,
 Del ave alegre á la primera nota,
 Del agil marinero á los cantares,

Juguete de los vientos tutelares,
 Hija del mar la castellana flota.

Corred, valientes, á la lucha fiera;
 Detrás, la madre patria; á vuestra vista,
 El pomposo laurel de la conquista;
 Los campos ignorados
 Donde tejió, riendo placentera,
 La cuna de sus glorias, Primavera,
 Con las eternas flores de sus prados.

Y era Cortés, el que llevado sólo
 De su marcial instinto,
 Cuando brillaba ya de polo á polo
 El sol de Carlos Quinto,
 Iba al fuerte clamor de la victoria,
 Con su espada no más y su fiereza,
 Sin corona y sin cetro,
 A igualar en los fastos de la historia
 La magestad del Cesar con su gloria,
 La grandeza de un Rey con su grandeza.
 Y era Cortés! marchando valeroso
 Lo imposible á sus piés avasallaba,
 Luchaba con los suyos y triunfaba
 Contra el poder inmenso del coloso.
 Si pudo á Moctezuma
 Con su ingenio vencer, aun le esperaba

Tranquilo el corazón, fuertes las manos,
El heroe de los heroes mexicanos!

.....
Préstame, inspiración, tu sacro numen,
Enciende mi alma en ardorosa llama,
Y la vibrante trompa de la fama,
En las ondas del rápido elemento
Deje suelta la voz. el aire atruene,
Y en épico cantar mi pensamiento
Con enérgica rima el mundo llene.

Firme se apresta la Imperial Señora
Del poderoso Anáhuac, á la lucha;
El caudal de sus armas atesora,
Y el son guerrero del clarín escucha!
Tiende sobre ella el pavoroso manto
La lóbrega tiniebla, no se abate
Su sien altiva á la inconstante suerte,
Y resuelta á lidiar hasta la muerte,
Lanza sus bravos hijos al combate!
Y el batallar comienza pavoroso,
Corre la sangre en río caudaloso,
Arde en las plazas la siniestra hoguera,
Se vé á su luz desierta la trinchera
Y henchido de cadáveres el foso.

Todo es gemidos y ayes, el espacio
Juntos crujen la choza y el palacio

Y se alza el sol de Oriente,
Y se hunde en Occidente,
Y pasa un día, y otro, y otro día
Se oculta, y todavía
Sangre refleja en su nublada frente!
Y sangre se refleja
En la pálida faz de la alta luna,
Si es que el humo á su luz el paso deja
Para quebrar su rayo en la laguna!
Niños, mujeres, débiles ancianos
Atraviesan las calles solitarias,
Alzan hambrientos temblorosas manos,
En el cielo se pierden sus plegarias,
Y mueren entre escombros
Al fulgor de cien teas funerarias!
Cuauhtimocézín no cede, airado empuña
La sangrienta macana, que se embota
Del castellano en la acerada cota.
Inútil resistir. la muerte trueca
Cadaver por cadaver. . . . y tirana,
La sangre generosa del azteca
Mezcla en los surcos con la sangre hispana.
Inútil resistir. ¡fuerte y altivo
Digno de su rival, á quien esquivo
El hado la faz vuelve, está el guerrero,
El castellano fiero,
Que á Marte hurtó la poderosa lanza
Y el invencible acero,

Rayo fulgente que encendió la gloria
Y en el rudo fragor de la matanza
Arranca el verde lauro á la victoria!

¡Oh patria, que ensalzó mi idolatría!
No tengas por agravio,
Que al vencedor de Anáhuac cante el labio
Que tus victorias pregonar solía.
Los heroes no tuvieron
Nunca patria ni hogar, nunca el profundo
Rencor herirles puede, nunca el dolo:
¡La patria de los heroes es el mundo!
¡La gloria de Cortés no es gloria sólo
De la noble Castilla! El cielo quiera
Que al resonar mi canto,
Y su vuelo al tender sobre las olas
Que abrieron paso al pabellón ibero,
Desde las verdes playas españolas
Su nombre extienda al universo entero!

Y tú, gigante sombra, que apareces
Girando en torno mío,
El galardón recibe que mereces.
Harto en momento impío
Te hirió la ingratitud cuando apuraste
El caliz de la envidia hasta las heces;
Pues fué tan grande el mundo
Que legaste á tu patria con tu empeño,

Que te miró pequeño
Ante grandeza tanta
¡Hoy la posteridad tu nombre canta,
La vil calumnia desarruga el ceño
Y pedestal eterno te levanta!

México, Setiembre de 1876.

R. DE ZAYAS ENRIQUEZ.

PRIMAVERALES.

Ya he visto las golondrinas
 Volver á mi chimenea
 Pidiendo hospitalidad.
 Al pasar por mi ventana
 Se detienen, y parecen
 Preguntarme:—«¿Cómo vá?»

Luego me muestran la prole
 Que naciera en medio día,
 Bajo otro cielo, otro sol;
 Y yo á mi vez les enseño
 Un rubio niño en mis brazos,
 Que en el invierno nació.

No temais al pequeñuelo,
 Que nunca irá vuestros nidos
 Insensato á perturbar;

También será amigo vuestro,
 Y partirá con vosotras,
 Alegre, migas de pan.

Y cual yo, verá con pena
 Vuestra partida, el anuncio
 Del invierno aterrador;
 Y os dará la bienvenida,
 Mensajeras del verano,
 Lo mismo que yo os la doy.

FRANCISCO SOSA.

LA VUELTA DE LA PRIMAVERA.

A B****

Al beso de las pardas golondrinas
Gozosa despertó la primavera,
Y su manto de flores la pradera
Vistió al punto que huyeron las neblinas.

Del arroyo las aguas cristalinas
Murmuran con placer, y vocinglera
Entona el ave su canción primera
Al abrirse las rojas clavellinas.

De tus ojos así la luz ardiente
Mi corazón sintió cuando dormía
Tras largas horas de gemir doliente.

Devuelves á mi pecho la alegría,
La inspiración devuelves á mi mente,
Y te bendigo, primavera mía.

MANUEL CABALLERO.

EL VIENTO Y LA ROSA.

—Rosa, despierta, que ya la aurora
Ornó su frente con el lucero,
Mira qué hermoso despunta el día,
Rosa, despierta, yo soy el viento.

Ya la mañana que se aproxima
Astros ofusca con sus reflejos,
Yo vengo ansioso de tu perfume
A darte en cambio todo mi aliento.

De esas gotitas que te coronan
Ó que descansan sobre tu seno,
Yo no he querido que te despojes
Si á despertarte voy con un beso.

Despierta, rosa, que viene el día,
Abre tu caliz y mira al cielo.
¡Cuántos celajes en el Oriente,
Cuántos fulgores en el lucero!

Ayer naciste y al ocultarme
Entre las ramas del bosque espeso,
Con tu hermosura temblé de amores,
Pasé la noche velando inquieto.

Mas ya del alba la luz rosada
Avanza en ondas pintando el cielo,
Despierta, rosa, con mis suspiros,
Rosa, despierta, yo soy el viento.

*
* *

—Nací en la tarde y apenas pude
Sentir del rayo de luz un beso,
Cuando la noche tendió callada
En torno mío su manto negro.

Yo pude verte cuando jugando
Fuiste á ocultarte, del bosque espeso
Entre las flores de la magnolia,
Y entre las hojas de los enebros.

Y no he dormido, porque temblando
Creí escucharte, lejos, muy lejos,
Mintiendo arrullos entre el follaje,
Las claras linfas rizando inquieto.

Y entre los ecos de tus rumores,
Cerca, muy cerca, vibraba un eco
Con que las almas de flores muertas
Iban llorando su desconsuelo.

Todas cantaron historias tristes,
Todas tuvieron tristes lamentos,
Todas hablaron de sus amores,
Todas lloraron con sus recuerdos.

¿Ves estas gotas como diamantes
Que están temblando sobre mis pétalos?
Son de esas almas el tibio llanto
Que derramaron sobre mi seno.

Mas vino el alba y entre las sombras
Las pobres almas fueron huyendo . . .
Tú no dormiste . . . ni yo tampoco . . .
Pero no me ames . . . que tengo miedo! . . .

—¿Qué tienes, rosa?— Como esas almas
Vagar llorando tu olvido temo . . .
Mi aroma es puro, mas no lo aspiras,
Que marchitarme puede tu aliento.

Yo pude oírte que entre las hojas
Toda la noche vagaste inquieto,
Y al escucharte que murmurabas,
Sobre mi tallo temblé de celos;

Gira, si quieres, en torno mío,
Dame de tu alma todo el anhelo,
Dame tus cantos y tus suspiros,
Dame esperanzas, mas no tus besos.

Tembló la rosa sobre su tallo;
 Giró en su torno callado el viento,
 Y ella . . . pensaba . . . «si él fuera míol»
 Y él suspiraba . . . «si fuera tiempo!»

La historia dice: que ya más tarde
 El viento pudo con embeleso
 A aquella rosa tímidamente,
 Decir al paso dulce secreto.

Y desde entonces tarde por tarde
 Su aroma daba la rosa al viento
 Y él no besaba yá las magnolias
 Ni iba jugando con los enebros.

SALVADOR DIAZ MIRON.

PRELUDIOS.

Fragmentos de un libro.

I.

Los árboles, al sentir
 La ráfaga, se doblegan,
 Y tal parece que bregan
 Por desprenderse y huir!
 Caos de plata y zafir
 Que la vaga niebla esfuma,—
 Las olas entre la bruma
 Hierven, se encrespan, batallan,
 Y son volcanes que estallan
 En explosiones de espuma!

Fulgurante culebreo
 Que rasga el negro capuz;—
 Trémula grieta de luz
 Que simula un parpadeo;
 Repentino centelleo
 Que fascina y amedrenta,—
 El relámpago revienta,
 Y, á los ojos del pavor,
 Es un gesto de furor
 En la faz de la tormenta!

Desde el fondo del follaje,
 Plañidera algarabía
 Responde, en la sinfonía
 Del viento y del oleaje,
 Al trueno, fragor salvaje
 Que rueda, retumba, aterra,
 Cual si en formidable guerra
 Titanes de ferreos brazos
 Rompieran en mil pedazos
 El cielo sobre la tierra!

II.

Al influjo creador,
 El firmamento es abismo,
 El planeta es cataclismo
 Y el espíritu es dolor!
 En mí y á mí alrededor,

Palpita el astro que hierre!.....
 Y, voz de cisne que muere,
 Mi acento crepuscular
 Canta y llora, y es al par
Te Deum y Miserere!

Soy la larva que procura,
 En su carcel azarosa,
 Convertirse en mariposa
 Y esmaltar el aura pura!
 Soy la linfa siempre oscura
 Que ama el sol canicular,
 Porque quiere arder, brotar
 Del pantano que la estancia,
 Transformarse en nube blanca,
 Ser espléndida y volar!

Soy la cumbre cuyo anhelo
 Es mover un crater roto,
 Y, en medio de un terremoto,
 Lanzar su erupción al cielo!
 Soy el aterido suelo
 En que el nuevo abril germina!
 Soy la rama que se inclina,
 Mientras un pájaro en ella

Mira con ansia una estrella
 Y despliega el ala y trina!

III.

En las garras del dolor,
 El hombre, que es polvo vil,
 Se eleva. como el reptil
 Asido por el condor!
 El fuego exterminador
 Trueca la arena en cristal,
 Y, de la goma oriental,
 —Áspera y acre resina—
 Hace la esencia divina
 Que perfuma el ideal!

El numen—virtud suprema
 Que el mundo insulta y aclama—
 Es una llama, y la llama
 Resplandece, pero quema!
 Bajo un sublime anatema,
 El genio, foco y crisol,
 Sube, envuelto en su arrebol,
 Hasta el zenit de la gloria,
 Y, luminar de la historia,
 Sufre el tormento del sol!

IV.

Seres-faros que, al lucir,
 Teneis por fuerza que arder,
 Cumplid con vuestro deber.
 Alumbrad hasta morir!

Luchad por el porvenir,
 Alzados sobre la insidia,
 Que ni triunfa quien no lidia,
 Ni es grande el que se levanta
 Sin sentir bajo su planta
 El pedestal de la envidia!

No hay en el campo una flor
 Que, sin un huesped voraz,
 Sea, en el aura fugaz,
 El aroma y el color!
 Agresivo mediador
 Que ese doble halago hechiza,
 El insecto se desliza.
 Y, en su misión errabunda,
 Devora, pero fecunda;
 Mata, pero inmortaliza!

El íris, claro dosel,
 Tras la borrasca violenta;
 Despues de la lid sangrienta,
 La corona de laurell
 Oh Humanidad! Oh Israel!
 El bien prometido es cierto!
 Mas Canaán es un huerto
 A donde no ha de llegar
 Quien no sepa atravesar
 El Mar-Rojo y el desierto!

AGUSTIN F. CUENCA.

A orillas del Atoyac.

A UNA ONDA.

Pasa como mis sueños delirantes,
Fugaz como mis dichas engañosas,
Esmaltando los mimbres elegantes,
Besando las acacias olorosas.

Llorando pasa cual mi vida triste,
Hija del sol que en las perpetuas nieves
De reflejos y lágrimas hiciste
Tu manto azul y tus encajes leves.

Pasa bajo las palmas cimbradoras
Que sombra dan á tus revueltos giros,
Onda de las espumas brilladoras
Que ruedas desgranándote en zafiros.

Pasa y lleva á regiones apartadas
Tus ritmos y tus luces refulgentes,
Esquife de las rosas deshojadas,
Camarín de las náyades turgentes.

A mi me deja contemplando á solas
Lejos del patrio hogar y de los míos,
Cómo al fuego del trópico arrebolas
La pompa de tus regios atavíos.

Cómo voluble tu furor quietas,
Cómo el cielo purísimo retratas,
Cómo el iris se quiebra en tus facetas,
Y radiante y azul, pérfida matas.

Cómo creciendo tu rumor sonoro
Te rompes ciega en el peñón salvaje
Y avientas tus moléculas de oro
Entre las esmeraldas del ramaje.

Y calla el son de tu lamento triste,
Y apresurado tu correr violento
De púrpura otra vez el sol te viste
Y tus espumas encarruja el viento.

Y suspiras, y cantas y recreas
Flores y palmas, y tu ritmo ensaya
El dulce epitalamio antes que seas
Salobre tumbo en la marina playa.

Oh! cuál reflejas el vivir mundano;
Como tú tiene luz, amor, canciones,
Tiene cauce de flores y va ufano
Rumbo á la tempestad de las pasiones.

Ni retrocede á los pasados días,
Ni para nunca á recobrar aliento,
Ni vira en las vorágines sombrías
El timon de su eterno movimiento.

Desgarra como tú su vestidura
Del camino en los ásperos breñales;
Tiene el ímpetu audaz de tu bravura
Y la fragilidad de tus cristales.

Pasa y me deja en la ribera agreste
A solas viendo en mi quietud sombría,
Cómo lleva tu clámide celeste
Luces que tiene la esperanza mía!

Cómo las ilusiones que me faltan
Són, si vislumbro su fulgor escaso,
Como las flores que tu seno esmaltan
Sin aromar el cristalino vaso.

Pasa y corre fugaz, embravecida
A otro valle, á otros montes á otros ríos,
Irónica parodia de mi vida,
Brillante imagen de los sueños míos!.....

Cuántas nácares nubes, cuántas flores...
Al sol dibuja tu radiante velo,
Esclava de los vientos bramadores
Que vas al mar y subirás al cielo!

Cuánto refleja tu cristal hirviente
Que preso corre y entre guijos huye,
La volcánica vida que á mi frente
La sangre agolpa y por la arteria fluye.

Cuánto las rocas tu furor golpea;
Cuánto bate mi sien con fuerza vana
La onda refulgente de la idea
Que busca el mar de la palabra humana.

Libre siguiendo tu fatal camino
Cuánto mi libertad vas remedando,
Pues caída en el cauce del destino
Sin poderlo torcer lo vá cruzando.

Sér misterioso que del llanto naces
Y con lágrimas sólo te engalanas,
Mis dichas son como tu luz, fugaces,
Mis quejas sen como tu pompa, vanas!

.....

El sol se vá, y al declinar el vuelo,
De su fausto imperial haciendo alarde,

Con ametistas sujetó en el cielo
Los velos transparentes de la tarde.

Onda clara, onda azul, onda turgente
Que de este valle tu rumor alejas
Y te lanzas al mar, indiferente,
É indiferente á mi dolor me dejas,

Léjos ya de estas ramblas arenosas
Otro cielo refleje tus cambiantes,
Otras aves te adulen y otras rosas
Beban en tu salpique de diamantes.

¡Adios! yo quedo en mi dolor pensando
Que eres fugaz como la vida triste,
Pues viéndote venir, fuiste pasando,
Y viéndote pasar desapareciste.

MANUEL ACUÑA.

A LA LUNA.

AL SR. D. MANUEL J. DOMINGUEZ.

¡Oh luna, blanca luña,
Que desde el cielo viertes tus fulgores
A despecho de todos los vapores
Con que la negra noche te importuna;
Yo sé que al permitirme la confianza
De que á abusar cantándote me atrevo,
Antes que hablar de otra cosa debo
Darte una explicación de mi tardanza;
Pero sabiendo, porque así lo he visto,
No recuerdo en qué parte,
Que tú eres noble generosa y buena
Con todos los prosélitos del arte,
Entre los que me inscribo al protestarte
Que nada hay que sin tí valga la pena,
Dejo los cumplimientos